

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
30 " " " " " " " " " " " "	1 pta.
100 " " " " " " " " " " " "	5 " " "
500 " " " " " " " " " " " "	25 " " "
1000 " " " " " " " " " " " "	50 " " "

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE.—Gijón.

Yo lo atraería.....

Conferencia telefónica de diez minutos

Tilríri, tilríri, rii, rriiii, rriiii, rrii, ri, ri...
—¡Atíza! ¡Vaya unas prisas!
Tilríri, tilríri, rrii rrii...
—¡Ea! No tanta prisa; aquí estoy; ¿a quién hablo?
—Es a servidora de Dios y de V., Juanita Elegante y Buengusto.
—¿Qué traes con tantas prisas?
—Perdóneme, Padre mío, úrgeme la consulta, y no dispongo de tiempo; sólo he podido robar a mi mamá estos diez minutos; me espera en San Pascual...
—Bueno, pues aligera; ¿qué es ello?
—Es... que Pepito Rompepedras y Guardasquinas... ¿lo conoce usted?
—Perfectamente; ¡un chico de provecho! Después de tres suspensos en el segundo y en el tercero de Leyes ha tenido que dejar los libros. La Iglesia... no la ha visto aún por dentro, pero el café y el teatro... *sábelos* de memoria; de Religión no conoce una palabra; de virtud dudo que haya aprendido ni el nombre; en cambio, el cafetín, la ruleta y...
—¡Jesús, Padre, no será tanto! ¡Vaya una recomendación!
—Bueno... ¿qué le pasa a ese pollo?..
—Pues nada... que hace dos días me ha escrito pidiéndome relaciones...
—¡Ya me decía yo que el modo de tocar el timbre era de novia apurada! Bueno, ¿y qué?
—Pues... ya sabe usted que yo no hago nada sin antes consultarlo con usted, y deseo...
—¿Que yo sea intermediario?..
—¡Qué cosas tiene usted; siempre de buen humor! Lo que deseo es que usted me diga lo que debo hacer en este caso...
—Mira, niña, lo que *debes hacer* es una cosa, y lo que, seguramente *harás*—¡como casi todas!—es otra...
—Hasta la fecha no tendrá usted queja de que no le he obedecido; por cierto que no me pesa.
—Verdad; en esto eres modelo; ¡ojalá que de todas se pudiese decir lo mismo!
—Gracias por el favor.
—Es justicia.
—Bien; usted recordará que Pepito es... ¡vaya!... es guapísimo, buen mozo y esmeradísimo fino, y su conversación es encantadora, ¡cautiva!
—Sí, al menos a tí, parece ser, que ya te ha «cautivado» y en ese caso...
—¿Qué, Padre mío?..
—Huelga por inútil, mi consejo; ¡no has de tomarlo!
—Por Dios, Padre, no me diga usted eso. Sí, confieso que el muchacho me es simpático; ¡es tan guapo! Pero...
—¿Qué?...

—¿Qué aún no estoy enamorada!...
—¡Bendito sea Dios! En ese caso, si *ese mozueto* te hace el amor, dile al momento, ¡que no señor! Porque ese mozueto, ¡no puede ser! ¡que no tenga escuela y tenga mujer!
—Pero, Padre, no parece convenga *extremar* las cosas. Cierto que no ha terminado la carrera, pero... la terminará; ya usted verá cómo la termina...
—¡Ya lo creo! Si logra casarse contigo ¡carrera terminada! ¡Qué más puede él desear!
—Ateo no es; indiferente sí, y un tanto olvidado de las cosas de la Iglesia; pero... ¡yo lo iría atrayendo a ella!..
—¿Y dices que aún no estás enamorada?... Sin estarlo, no es posible que una muchacha de juicio hable así.
—Creo, Padre mío, no estar enamorada, aunque, sí, *algo* interesada; y pareceme que no es motivo bastante para despreciarlo el que sea algo irreligioso;... más que irreligioso es indiferente, y... pudiera ser incluso una obra de misericordia el convertirlo, porque ya he dicho a V. que *yo lo atraería*.
—Mira, niña, pon atención y escucha.
A un pueblo muy selvático llevaron de médico a un chico muy fino y bien educado. Lamentábase un amigo suyo de que a joven tan completo hubiese cabido en suerte un pueblo tan rústico e inurbano. Tranquilizóle el médico diciéndole: «No tema usted, amigo mío; ¡yo los civilizaré!»
Efectivamente, al año justo volvió aquel señor a visitar al señor médico de N., y éste, muy ufano y satisfecho, decíale a su amigo: «¿Ve usted, amigo, cómo mis clientes ya están civilizados?... «No, no lo veo, respondiéndole con dolor el amigo; lo que sí veo y lamento, y muy a par del alma, es que, en vez de civilizar el médico a los clientes, los clientes han tornado selvático e inurbano al antes finísimo y bien educado doctor»...
—¿Qué quiere usted decirme con eso?..
—Demasiado lo entiendes, pues no eres lerda. Quiero decirte que en vez de atraerlo tú a él, te atraerá él a tí; y que en vez de ir él a la iglesia, serás tú la que dejarás de ir a ella; y que él no irá a confesar, pero, sí, dejarás tú de ir a comulgar; y que él no rezará el rosario, pero tú, —si lo rezas, — será como a hurtadillas; y que tú no podrás hablarle de Dios ni de la Religión, y, en cambio, tendrás que oír, sin poder rechistar, mil blasfemias contra Dios, mil sandeces contra la Religión y millones de sucias diatribas contra los sacerdotes, contra los frailes y beatas...; es decirte que, si por acaso, y alguna vez, vas a la iglesia, la iglesia no podrá ir a tu casa; y que en vez del periódico bueno, católico, entrará en ella el periódico impío, el periódico nocivo, el periódico corruptor de tus hijos...
—Entonces, Padre, ninguna muchacha podría casarse, pues ya sabe usted que todos *tienen algo*... ¿quién hay completo? Y a

veces resultan éstos mejores que los otros...
—Sí; perfecto sólo Dios; más no debes olvidar jamás que, si el hombre no teme a Dios, mal puede guardar fidelidad y consideración a su esposa; y que, si teniendo Religión y virtud y temor de Dios... *¡dan micos!*... calcula cuántos *leopardos* meterían *sin eso*: Si el toro uncido embiste... ¿qué haría suelto?
—¿Olvida usted que Pepito es todo un caballero?..
—¿Qué?... ¿Caballero, y sin Religión; caballero, y sin fe?... ¡Con tu pan te lo comas! ¡Buen provecho! No quisiera esos *caballeros* para quienes yo bien quiero.
—Aún no me he casado, Padre mío; pero... la verdad, Pepito tiene un corazón de oro!..
—¡Lo mismo, exactísimamente, que me decía Mercedes Pasolargo y Dientesclaros! ¡y ya tú sabes cuántas y cuántas lágrimas le cuesta el dichoso casamiento!..
—Es que esa se casó con un salvaje y con un hombre por añadidura, desenamorado.
—¡Como tu Pepito Rompepedras!..
—Se equivoca usted, Padre mío; ¡si viera usted qué ojos cariñosos los suyos! ¡Fascinal!
—Sí, sí, lo que a él le fascina y lo que él mira con ojos de borrego enamorado son tus dineros, tu posición, tu fortuna. En lo grándola, ¡ya tú verás lo que es canela fina!..
—¿Luego?..
—Dile como a los chiquillos que juegan a las cuatro esquinas; en esta casa no hay lumbre; ¡que busque otra carrera!..
—¿Y no pudiera darse el caso...
—¿De que un hombre sin religión en el alma, y sin virtud en el corazón, y sin fe en Dios; sin carrera, sin fortuna y con mucha malicia en el pecho y no poca podre en el corazón, haga la felicidad de una mujer?..
—Eso mismo...
—Pues... te diré...; *el posse el puede*, tiene los pantalones muy anchos y largos, y nunca lo niegan los teólogos; pero si eso fuera, —que lo dudo, que lo creo imposible, —sería por una equivocación, sería una excepción; y tú bien sabes que la excepción confirma la regla...
—Una pregunta...
—Venga, y aunque sean dos...
—Y en el caso de que yo fuese la pobre, ¿debería también rechazarlo—si el fuese rico y de buena posición, —sólo por ser indiferente y poco amigo de la Religión?..
—Si—óyelo bien, —sí, *deberías rechazarlo*. Esos matrimonios son ilícitos, detestables, sacrilegos; los padres *están gravemente obligados* a impedir que sus hijas caigan en manos de esos impíos; y las hijas *deben en conciencia* evitar estos escollos; y *deben obedecer* a sus padres cuando se oponen a su casamiento con hombres incrédulos, indiferentes y viciosos; y *deben desoirlos*, no obedecerlos,

cuando—por ser buena proporción—les instan a que se casen con los tales...

—Durillo parece esto, Padre mío...

—Duro será, sobre todo para las muchachas; pero ello es así, y la experiencia acredita que a esos matrimonios no asisten ni Jesucristo ni la siempre Virgen Inmaculada María; y que por lo tanto, no se bendice en ellos el vino de la prosperidad y dicha cristiana, y que, lejos de convertirse en ellos el agua en vino, el vino puro se tornará vinagre...

—¿Luego... definitivamente?

—Definitivamente...

Niña de rubios cabellos
de ojos negros, soñadores...

si no estás enamorada...

¡no te enamores!

«Y a ese mozuelo que te hace el amor... dile al momento ¡que no señor, que... no señor!

—Y sí...

—(Señorita, van los diez minutos).

Adiós, Padre mío; gracias; ya sabe usted que no caen nunca en saco roto sus consejos...

—Para tí haces, pues yo nada pierdo ni gano. Adiós.

P. BERNARDINO DE M.^o UZAL

Franciscano

Nueva consulta

Recien llegado de París, donde había acabado sus estudios y sido primer ayudante de un célebre médico, Aniceto lanzó en Madrid sus prospectos y anuncios que decían:

Enfermedades del oído
CONSULTAS GRATIS
de 3 a 7

Y debajo las señas de la casa.

Aniceto Galán, se había instalado muy en grande y traía gran reputación, y sobre todo, había hecho al llegar a Madrid y sin previos anuncios, dos curas maravillosas. Así es que en cuanto se supo que abría consulta, el primer día tuvo la casa llena de gente dolorida.

Pero el doctor pudo observar desde los primeros momentos, que los enfermos atraídos por su fama eran los más estafalarios del mundo.

Así, por ejemplo, el primero que se presentó le habló de esta manera:

—¡Gracias a Dios que tenemos el especialista que nos hacía falta!

—Muchas gracias.

—Sí, señor, usted viene a llenar un gran vacío y por eso he querido yo ser el primero que llame a esta puerta.

—Obligadísimo.

—Oiga usted bien, doctor, porque mi caso es sumamente grave. Yo soy la víctima del odio de un colega que se ha propuesto matarme a disgustos. Hace años que no me deja vivir; me ha robado toda mi clientela, me ha puesto en ridículo en los periódicos; en cierta ocasión, lo sé, quiso pagar a un hombre para que me matara... en una palabra con tanta persecución y tanta lucha con ese grandísimo pillo,

yo estoy muy malo, pero muy malo... Todo el secreto del odio que me tiene es que me casé con una mujer de quien él estaba enamorado. ¡Oh, qué hombre, qué hombre más perverso.

El doctor, después de oír durante una hora al enfermo despotricar contra su enemigo, le hizo sentar en un sillón de esos *aterradores* que tienen las celebridades para auscultar y registrar nuestros míseros cuerpos y empezó a hurgarlo en los oídos y a estudiárselos a fondo.

¡Y le resultó que su paciente... en los oídos no tenía nada!

Por no contrariarle, y creyendo que el primer enfermo que le había caído estaba poco menos que loco, le recetó dos o tres cosas sin malicia, le acompañó hasta la puerta y llamó al primero en turno de los enfermos que esperaba en la antesala.

Entró una señora.

Una señora con los ojos muy abiertos, la tez casi lívida, hablando muy de prisa...

—¡Ay, con que usted cura *eso!* dándose golpes con el abanico cerrado en la palma de la mano izquierda; pues a ver qué se hace conmigo, porque, mire usted, si yo no acabo con mi suegra me voy a morir.

El doctor no sabía qué significaba aquello.

—¿Qué le duele a usted? ¿El oído derecho o el izquierdo?

—¡Ninguno!

—¿Eh?

—¡Ninguno! Lo que me duele es el corazón, el alma, todo: Porque es tal el aborrecimiento que tengo a mi madre política, que mil demonios se llevan, que pensando en la manera de que desaparezca del mundo, ni como, ni duermo, ni descanso... y un día si no me calma usted estos nervios y esta ira sorda que me consume...

Y la señora empezó a manotear y a echar los pies por el aire, y cayó sobre el sillón con un ataque de nervios... Aniceto, desesperado, la sacó a empujones del cuarto, no pudiendo comprender por qué razón los *guillados* madrileños iban a consultar a un especialista de los males de oídos...

Y entró un señor flaco, muy flaco, pálido tirando a amarillo... y dijo:

—Si es verdad lo que usted anuncia yo estoy dispuesto a darle a usted dos mil duros con tal que me cure.

—¿Otro? (pensó el doctor).

—¡En mi casa, señor mío, no se puede vivir! Mi mujer detesta a mi madre, mi cuñada que vive con nosotros... no me puede ver... Aquello es la guerra continua, yo no puedo trabajar; todos los días van por el aire vasos, botellas, colchones... ya hemos estado todos en la prevención cinco veces... Se respira una atmósfera de odios mutuos que a mi me van a llevar al cementerio porque yo era un hombre pacífico y resulta que un día voy a matar toda la familia!

—Pero señor, ¿qué me importa a

mí de todo eso? gritó Aniceto. ¿Tiene usted algo en los oídos?

—Ahora mismo me están chillando, y de seguro es que mi cuñada estará hablando mal de mí.

—¡Y por qué viene usted a contarme como los demás, cosas que no me importan!

—¿Y, por qué anuncia usted que cura enfermedades morales?

—¿Yo?

—Usted, sí, señor; y por eso sin duda hay cola a la puerta.

—Pero, ¿qué está usted diciendo?

—¿Qué dice aquí?

—Y el caballero flaco le puso al doctor un periódico delante de los ojos.

Entonces, y sólo entonces, cayó el pobre Aniceto en la cuenta.

El cajista, o el que dió el anuncio a la imprenta, habían cambiado de sitio la *i*, y el anuncio decía: *¡Enfermedades del odio!*

¡Y por lo visto Madrid está lleno de enfermedades de eso!

E. B.

CUENTO

En un examen de Historia preguntaron a un alumno:

—¿Sabe usted de quién fué padre el rey Felipe segundo?

—Lo que es con seguridad no lo sé—dijo confuso.

Y prosiguió el catedrático:

—¿Sabe usted quién fué Ataulfo?

—Con seguridad tampoco lo sé—respondió el alumno.

—Vamos a otra cosa. ¿Sabe qué hizo célebre a Sagunto?

—Con seguridad no sé de ese señor hecho alguno.

Entonces el catedrático le dijo yéndose al bulto:

—Pero ¿qué es lo que usted sabe con seguridad del curso?

Y contestó el estudiante poniendo el semblante mustio:

—Que me suspenden ustedes, es lo que sé de seguro.

CARLOS CANO.

Ante el maestro

—¡Orden, hijos míos, sin atropellarse!—clamaba D. César con acento de dulzura mientras salían de la clase sus pequeños discípulos. Después se sentó cómodamente en su viejo sillón forrado de cuero, y como de costumbre, entretúvose en hojear varios tomos de su biblioteca, tomando algunas notas precisas para la explicación del siguiente día.

Una mujer, modestamente vestida, acompañada de un muchachito moreno y de aspecto vivaracho, vino aquella tarde a interrumpirle en tan provechosa operación.

—¿Es usted D. Cesa?—le pregunta después de saludarlo.

—Servidor. ¿Qué deseaba Ud?—contestó aquél, no sin antes hacerla tomar asiento.

—Yo venía, ¿usted sabe? paque este niño entre desde mañana en esta escuela.

—Perfectamente. ¿Has estado ya en algún otro colegio?

—En tres: en los párvulos, en San Ramón y el Carmen.

—Y ¿por qué dejó de asistir?

—De los párvulos me lo traje porque no aprendía ná. La mayó parte e los días se yevaban los angelitos haciendo gimnasia. ¡Ni que mi hijo fuera a ser titiritero!

—Nada de eso, señora; la gimnasia es para el desarrollo muscular del niño. ¿Y en San Ramón, tampoco adelantaba?

—Aquer maestro padecía de otro má, D. Cesa. ¿Sabe usted lo que hacía toas las tardes con los chiquillos? Usted verá: los sacaba ar campo y, aluego, con unas banderillas y muchas cintas de medi, comenzaban las armas mias a corré de aquí pa ya, midiendo tós los terrenos que no eran suyos. ¿Eso no era está loco?

—¡Señora... No diga Ud. disparates! y ¡usted perdone! Eso que usted llama locuras, son sanísimas lecciones de agrimensura práctica.

—¿Sí? Pos mire usted D. Cesa, pa un parmo e tierra removía que tenemos acá los pobres en er cimiterio, mardita la farta que nos hace eso. ¿Usted lo ve así, o no?

—Yo lo veo como usted quiera, señora, como usted quiera—exclamó D. César para dar nuevo giro a la conversación—¿Y del Carmen por qué se marchó? ¿Tampoco aprendía?

—Ne dejaba de aprendé.

—Pues... entonces, ¿qué ocurría en el Carmen?

—Que no castigaban con parmeta. Si no se viene de ayí, se quea hueco.

—¿Hueco? ¿Cual era el castigo?

A los traviesos o desaplicados les daba er maestro una cucharada de aceite castó. Ya vé usted, como tiene tan mar tomá, los castiga con eso y a la pá los purga. ¿Qué extraño ¿Verdá? ¿Usted, cómo los castiga?

—Suspendiéndoles la comida.

—Pos a este niño le dispensa usted tres faltas. Si, porque la semana pasá nos quedamos tres días sin comé, y ya yeva el angelito el castigo por adelantao.

—¿Cómo te llamas?—le interroga D. César al niño,

—Antoñito Menudo Guisado—respondió el muchacho poniéndose como la grana.

—Y edad, ¿qué edad tienes?

—Aquí once años; en er tren seis pa no pagar biyete.

El maestro ríe de la ingenuidad del pequeño y vuelve a preguntarle:

—¿Sabes leer y escribir?

—Sí, señor, estoy en curvas y leo en el Juanito.

—¿Sabes algo de la Historia Sagrada.

—Argo sé.

—¿Qué hizo Dios el primer día en su divino trabajo?

—Er cielo, la tierra y enseguida la lú.

—¿Y el último?

—El último hizo al hombre.

—¡Várgame er Señor, qué mala faena hizo ese día!—exclamó la madre, que hasta entonces guardaba silencio.

—Otra cosa—replicó el maestro—Y de Aritmética, estás bien?

—Regulá. Hasta sumá no me equivoco.

—Veamos: Tú tienes una cartera con dos mil pesetas, de cuya cartera llevo yo mil. ¿Qué operación he hecho.

—Pos... pos la de un carterista.

—No, hombre, por Dios. La de restar.

—Eso es, sí, señor: la de restar.

—Fíjate bien. ¿Qué es multiplicar?

—¿Multiplicar? Mi padre dice que es tener hijos.

—¡Jesucristo!! Señora...—dice dirigiéndose a la madre—Traiga al chico mañana mismo, y de hoy en un mes sabrá hasta dividir.

—¿Mi niño dividió? ¡Ni pensarlo, D. Cesa! ¡Tó menos eso! ¡Digo! ¡Enseñarlo a dividir!—gritó aquella asombrada.

—¿Por qué no, señora?

—¡Quite usted, señor! Mi marido dijo un día que me iba a dividir, y cuando hizo la operación no me dejó costilla sana.

E. y J. Avellán Núñez.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. A 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos.

Importante para nuestros suscriptores al corriente en el pago

Al Sr. D. A. S. P. de Oviedo, le decimos que no podemos admitir la Parroquia que nos propone porque el Sr. Cura Párroco de la misma no está al corriente en el pago. Proponga otra o escriba a dicho señor adjuntándole esta nota.

Notas recibidas

59.—D. M. L. de Toñanes.—Parroquia de Toñanes (Santander).

60.—Sr. C. P. de Olés (Villaviciosa).—Parroquia de S. F. de Olés.

61.—D.ª G. B. —Gijón. —Capilla de Traspando, filial de Feleches.

62 y 63.—D. L. C. G. de Tuña (Tineo).—Parroquia de Santa M. del P. de Tuña.

64 y 65.—D. B. G. Pbro.—Sos (Zaragoza) Parroquia de Sos.

Balance trágico

De fuente fidedigna, aunque no oficial, publica la revista «La Civitta Cattolica» el siguiente balance de las pérdidas de hombres causadas hasta el 1.º de Abril por la guerra.

Servia: Enfermos y heridos, 126.000; inutilizados 19.500; prisioneros, 46.000; muertos, 87.550. Total, 279.050.

Montenegro: Enfermos y heridos, 38.000; inutilizados, 12.500; prisioneros, 8.500; muertos, 22.000. Total, 81.000.

En Japón: enfermos y heridos, 38.000; inutilizados, 5.500; prisioneros, 2.200; muertos, 11.500. Total, 57.200.

Rusia: Enfermos y heridos, 1.100.000; inutilizados, 420.500; prisioneros, 460.000; muertos, 443.000. Total, 2.423.500.

Bélgica: Enfermos y heridos, 62.500; inutilizados, 27.500; prisioneros, 49.500; muertos, 32.500. Total, 172.000.

Francia: Enfermos y heridos, 757.000; inutilizados, 430.000; prisioneros, 494.500; muertos, 464.000. Total, 2.145.500.

Inglaterra: Enfermos y heridos, 185.000; inutilizados, 45.500; prisioneros, 82.500; muertos, 341.000. Total, 654.000.

Austria: Enfermos y heridos, 518.000; inutilizados, 96.500; prisioneros, 518.000; muertos, 441.000. Total, 1.573.500.

Alemania: Enfermos y heridos, 1 millón 18.000; inutilizados, 983.000; prisioneros, 338.000; muertos, 441.000. Total, 2 millones 780.000.

Total de los hombres fuera de combate, 9.989.750.

De este cuadro aparece que la guerra ha costado ya la vida a más de dos millones de combatientes, y ha dejado una vida infeliz a otro millón y medio de inválidos.

Comparando cifras resulta que los aliados han tenido 1.300.000 bajas más que los austro-alemanes.

EL RELIGIOSO Y EL ATEO

Los ateos son aquellas ridículas e impías personas que contra la evidencia de sus propios sentidos pretenden no creer en la existencia de Dios.

Uno de ellos estaba una vez discutiendo con un desviche—religioso turco—y le dijo:

V. me dice que Dios está en todas partes, y sin embargo, yo no le veo en ninguna; mostrádmelo y lo creeré. Sostengo también que un hombre no debe ser castigado por sus crímenes, puesto que usted dice que es hecho por la voluntad de Dios. Dice V. también que Satanás fué condenado al fuego eterno; ahora bien, como él está formado de ese elemento, ¿qué daño puede hacerle el fuego?

El desviche, después de reflexionar un momento, cogió un gran pedazo de tierra, dió con él un fuerte golpe al ateo, y después, sin hacerle caso, le dejó.

El ateo fué enseguida a ver al juez, denunciando el daño sufrido, y pidiendo justicia. El desviche fué preguntado por el juez por qué en vez de replicar al ateo le había pegado. Lo que yo hice, contestó el desviche, fué en contestación a sus ridículas preguntas; ¿de qué se queja pues? El dice que tiene un dolor; que lo muestre, si desea que lo creamos; me acusa de un crimen, y sin embargo él dice que ningún hombre debe ser castigado por nuestras leyes, puesto que según nuestra doctrina, todo es hecho bajo la dirección de Dios; él no niega que el hombre es hecho de tierra y sostiene que un elemento no puede hacer daño a sí mismo; ¿de qué se queja, pues, si le he pegado con un trozo de tierra? El ateo, confundido, se retiró del tribunal en medio de las risas de los oyentes.

Para convencerse de la hipocresía de los ateos, basta ver a uno de ellos en el lecho de muerte: es una lección y un ejemplo para todos los demás.

(Traducido del inglés, por J. P.)

La política y las patatas

¡Si yo pudiese ir a Alemania...! Soñaba yo de esta suerte, cuando el ingeniero señor García Miranda me fué presentado; estrechó mi mano y me dijo:

—¿Para qué quería ir a Alemania...? ¿Para curiosear...? Pues pregunte, que de Alemania vengo, y dispuesto estoy a satisfacer su curiosidad. Querrá usted saber algo íntimo acerca de la organización de aquel maravilloso Ejército, de la estrategia de Hindenburg...

—Por esta vez, mi amigo, no ha dado usted en el clavo... Lo que quiero averiguar es el precio de las patatas.

Mi amigo me mira con ojos un tanto recelosos, y un obrero que a nuestro lado pasa se para firme, y observo que aguza el oído.

Hoy, por hoy, me interesa más saber lo que se relaciona con los víveres que con el arte de la guerra. Si Alemania es una enorme plaza sitiada, bueno será para calcular su resistencia pesar la cantidad de comestibles de que dispone.

—Pues escuche: no deben andar tan mal de alimentación cuando hace pocos días he tenido ocasión de comprobar por mí mismo en Berlín que un bocadillo de langosta con salsa a la mayonesa y una rodaja de huevo cocido encima, cuesta diez céntimos; por la misma cantidad puede usted tomar una taza de cacao, chocolate o café, o un bocadillo de salmón ahumado en los «restaurants» en que hay distri-

buidores automáticos; por treinta céntimos, una ración de jamón en dulce con pan o un bisté con patatas... (El obrero da un paso hacia nosotros...) Por quince reales se compra un kilo de café de superior calidad; por dos pesetas sesenta céntimos, ¡agárrese usted! un kilo de jamón sin hueso (el obrero avanza un paso más); los huevos se pagan a diez céntimos, y el kilo de patatas, lo que tanto le interesa a usted saber, ahora que están caras, ¡a doce céntimos!

El obrero se acerca decididamente, se lleva la mano a la gorra y habla de esta suerte:

—Perdonen ustedes: he oído que estaban hablando de patatas y de otros alimentos que jamás probé, pero que, por lo visto, están al alcance de mi bolsillo, y como al de mis piernas se encuentre la tienda donde venden el jamón sin hueso a dos sesenta el kilo, cuando cobre la quincena, ¡me voy a poner tibio! De esta hecha me salen colores.

Mi amigo está dispuesto a indicar al obrero la nueva Jauja. Yo quiero antes de que responda preguntar.

—¡Chist...! Un momento... Curiosidad por curiosidad. Ahora mismo le vamos a indicar a usted dónde puede sacar la tripa de mal año; pero antes voy, a mi vez, a interrogar a usted... ¿Sus ideas políticas?

—¿Y qué tiene que ver la política con las patatas...? Ea, pues sépalo usted... Soy republicano; más aún, socialista, y si me apura usted un poco... ¡Caramba, todos tenemos que soñar

para vivir...! Y yo sueño con la libertad, la igualdad y la fraternidad, sin que si me aprieta usted algo sepa a ciencia cierta lo que esa monserga significa; pero me da el corazón que lo de la fraternidad, y el jamón barato deben correr parejas, y que el día que triunfen los míos he de tener el estómago más repleto que hoy. He dicho.

—Bueno; pues tengo el sentimiento de participarle que la tierra de donde este señor viene y donde las patatas y aun el jamón no son artículos de lujo es el país de los militaristas, de la disciplina rígida, del imperialismo por excelencia...: es Alemania...

—¡Ay, mi madre...! ¡Adiós mi dinero...! Y diga usted, ¿tardaría yo mucho en aprender el alemán...? ¡Anda!; pues para emigrar más que a paso...

—Pero ¿y lo de las ideas políticas...?

—...Le digo a usted que ¡viva el Kaiser!

Y aquel hombre se aleja de nosotros mascullando entre dientes Dios sabe qué maldiciones, y nosotros comentamos muy bajito esas tareas parlamentarias de no sé qué país donde se derrocha la elocuencia y... ¡las patatas por las nubes!; pero ¿quién es el guapo que se está ensayando un discurso ante un espejo para ir luego a la Cámara a hablar de comestibles?

¡Qué prosaísmo...! ¿Que Enrique IV, sabiendo que al pueblo le aprieta el zapato, no precisamente en los pies, sino en el estómago, quería que

cada súbdito suyo pudiera echar gallina en el puchero? ¡Cuentos del tiempo de Mari-Castaña...! Hablemos de metafísica, de sociología; establezcamos leyes liberales y amplias... ¡viva la libertad!...; busquemos el período redondo y con latiguillo en el discurso, y el párrafo altisonante y hueco en el libro, y no descendamos a la vida, a la realidad, aunque nos aspen, que lo de hablar de las patatas no se presta a latiguillos y relumbrones... Explorad en la Historia de las grandes revoluciones y tropezaréis con un estómago flácido...

ARMANDO GUERRA.

Tres maneras de dar limosna

Tirándola, poniéndola o sembrándola.

Hay quien tira limosna a las pobres, como se tira a un perro un hueso para que se entretenga y no moleste.

Hay quien pone la limosna en la mano del pobre, como se pone un cuadro en la pared o un mueble en su sitio por puro adorno, o para que luzca bien.

Hay, por último, quien siembra la limosna, como quien siembra un granito de trigo en una tierra fértil que le ha de dar cien granos por él.

Los pobres son la tierra preparada por Dios, que centuplica la semilla en ella sembrada.

Correspondencia administrativa

Sr. D. J. F.—Madrid.—Pagó a fin Septiembre 1915.

Sr. D. E. M.—El Royo.—Id. fin Abril 1916.

Sra. D.^a J. R. de P.—Lieres—Id. fin Mayo 1915.

Sr. D. B. G., Pbro.—Sos.—Id. fin Junio 1916.

FÁBRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS
es el

RECETARIO DOMESTICO
del Ing. Ghersi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILL, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o corredoras, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodriguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON